

Nota sobre psicología profesional

Algunas anécdotas y una moraleja

Por R. RODRIGUEZ VIDAL

PRELIMINAR

Está muy generalizada la creencia de que los profesionales de determinada actividad, encarnan, más o menos, en un patrón típico. Algo así por ejemplo, como la añeja creencia de que músicos y poetas debían ser, según los tipos poetizados por Mürger y musicados por Puccini, gentes de larga cabellera, cenas problemáticas y, además, algo perezosos y abandonados. Cuando en realidad, es bien sabido que la aptitud y el genio artísticos son compatibles con una exquisita sociabilidad. Lo mismo, la opinión de la gente no idónea sobre los matemáticos, ha sido siempre muy singular: no se les tiene ya por magos, como en otro tiempo; pero sí se ha formado para imaginarlos un modelo, que en lo físico responde a «El Matemático» del pintor mejicano D. RIVERA (1), y en lo espiritual a cierto ensimismamiento y extravagancia asociales y caracterísicas. Pero, ciñéndonos al segundo aspecto, resulta fácil mostrar que, contradiciendo la opinión aludida, muy opuestos temperamentos y tipos psíquicos pueden hallarse representados entre los matemáticos más ilustres. Tanto, que no acertamos a distinguir una nota específica que los caracterice.

Por otra parte, la creencia en el poder modelador de una determinada disciplina, tal vez no haya sido exagerado sólo por la opinión vulgar. Pensamos esto muchas veces cuando, en coloquios o artículos sobre la Enseñanza Media (siempre de actualidad en España), se afirma con tanta decisión el carácter formativo de ciertas asignaturas, y el simplemente ornamental de otras. Así, sobre «El Bachillerato y las Matemáticas», el ilustre profesor FONT Y PUIG afirma: «Es la Matemática medio sin igual para desarrollar la precisión, la facultad intuitiva y razonadora; el sentido de la belleza y de la elegancia cabal. Está a la base de toda ciencia; y cualquier rama del conocimiento merced a su impregnación y estructuración matemática, deviene ciencia en el sentido riguroso de este término» (2).

La segunda parte de esta aseerición, que se refiere al significado científico de las matemá-

ticas, es indudablemente cierta. Pero la primera, que se refiere al perfeccionamiento individual del matemático, aparece dudosa cuando se considera que el estilo de pensar de un cierto matemático puede diferir radicalmente del de otro; así, hay matemáticos intuitivos que razonan mal, razonadores sin intuición, expositores elegantes o confusos y, en fin, tanta diversidad como quiera imaginarse: la *formación matemática* no aparece definida claramente.

Si es tal la variedad de actitudes ante la propia ciencia en que se ocupan, es claro que su actitud ante el mundo y la vida tampoco puede ser uniforme. Muchos necios creen en la unánime desorientación de los matemáticos ante el mundo real. Y menos mal si sacasen de ello las amables consecuencias del P. Isla, cuando dice por boca del prudente P. Abad, aconsejando al ofuscado Fr. Gerundio:

«De las Matemáticas sé muy bien lo que dice San Agustín: *Quas multi Sancti nesciunt quidem, et qui etiam sciunt eas, Sancti non sunt.*» «Que muchos Santos las ignoran, y que los que las saben no son santos.» Esta sentencia, que parece dura, no quiere decir lo que suena: sólo intenta el Santo significar por ella el grande embeleso con que esta nobilísima ciencia arrebatada hacia sí a sus profesores, los cuales necesitan de un esfuerzo muy particular para desviar su atención de las especulaciones matemáticas, si han de encontrar tiempo para dedicarse a las verdades del Evangelio. Por lo demás, nadie puede negar que el mismo embeleso con que arrebatan el alma es el medio tan eficaz como inocente para desviarla de las pasiones, que son los mayores enemigos de la santidad. Y así, apenas se encontrará matemático sobresaliente, que no sea hombre de costumbres irreprochables. Pero casi siempre va sobre seguro el elogio de estos profesores; y para formarle prestan sobrados materiales Platón, en su Timeo; y Aluneco, en el Isagoge a la doctrina de Platón.»

Bastaría atender a la vida de los matemáticos para saber que, por suerte o desgracia, la mucha ciencia común no uniformiza en nada su personalidad. Pero la biografía de estos hombres suele ser desconocida, incluso por los estudiantes de la Facultad. Forzoso será, pues, extender algo más estas consideraciones, presentado de modo correlativo algunos pares

(1) El citado cuadro está reproducido en la portada de un librito de TITCKMARK: *Esquema de la Matemática Actual*, frecuente en nuestras librerías.

(2) De un artículo de FONT Y PUIG en «Diario de Barcelona» 27 XII 1952.

de anécdotas contradictorias, por decirlo así, de las que luego se deducirá con evidencia la moraleja anunciada, y casi anticipada. Lejos de apurar el tema, sólo pretendo iniciarlo, por si quiere completarlo alguien que, más seguro de su estilo, no tema que la extensión de su trabajo se traduzca en cansancio para el lector.

ACTITUD CIENTÍFICA

Desde luego podrían formarse grandes grupos antagónicos, oponiendo, por ejemplo lógicos (Hilbert) a intuitivos (Klein), universalistas (Poincaré) frente a especialistas (Cantor), etc., para demostrar así, que individuos de características mentales muy diversas, pueden ser cultivadores insignes de una misma ciencia (y, absérvese, sin que esta actividad modifique aquellas características). Lo mismo que en pintura, donde puede haber maestros impresionistas, realistas, manieristas, etc. Y aunque las diferencias de carácter técnico no son, precisamente, las que interesa destacar en este artículo, citamos un par de frases bastante significativas, en las que veremos revelarse claramente esta posible oposición en el modo de pensar.

Tuvo J. Bertrand, como es sabido, un espíritu crítico de gran precisión y sagacidad. Dejó huellas de él, principalmente, en la teoría del Cálculo de Probabilidades, cuyos principios discutió con rigor tan grande como atractivo estilo; fué, pues, uno de esos «sabios escritores», de que Francia ofrece tan ilustres ejemplos. Puede verse bastante bien su opinión sobre el valor de *lo práctico en la ciencia*, si se atiende a su comentario al trabajo de Cornu, cuando este físico-matemático logró reducir a sencillas reglas y construcciones geométricas la teoría de la polarización y reflexión cristalina de la luz. El comentario de Bertrand fué:

«Acogería con más gusto a toda tentativa que sin dar conclusiones satisfactorias, pareciese estar más sólidamente fundada.»

He aquí el reverso de la medalla. Es sabido que Heaviside, matemático inglés muy personal, ha dejado su nombre destacado en la Historia de las Matemáticas por la introducción de los operadores y su cálculo simbólico; este nuevo cálculo permitió a Heaviside la integración de numerosas ecuaciones diferenciales que le surgían en las cuestiones de física matemática a las que él dedicó su atención. Pronto se le hizo observar, que si bien era cierto que sus métodos daban resultado práctico, venía a ser por algo así como una casualidad imprevista, cuya causa debía aún explicarse, ya que la base teórica del método jamás se preocupó Heaviside de sentarla firmemente. Pero éste seguía empleándolo, y contestaba a estas objeciones:

«Nunca he podido explicarme bien el mecanismo de la digestión; pero nunca he pensado que por ello debiese privarme de comer.»

ANÉCDOTA PRELIMINAR

Pero más que de los caracteres intelectuales, pretendíamos ocuparnos aquí del aspecto humano de los sabios. Tal vez uno de los rasgos más frecuentes entre ellos, pero tampoco seguro, sea una cierta bondad cordial. No nos referimos, claro, a la bondad un poco bobalicona reflejada en el anterior párrafo del Padre Isla, sino más bien a la expresada por Poincaré (3), cuando ha escrito:

«Acogen (los sabios) bondadosamente a todo el mundo, sin hacer alarde de su superioridad que sólo utilizan para conservar siempre el buen humor; y son optimistas porque su pasión les da frecuentes alegrías y les ahorra muchas penas.»

Pues de matemáticos se habla, no sigamos sin intercalar, como glosa de este párrafo, una anécdota oportuna y delicada, tan trivial que sería ignorada a no tener por testigo al fino observador que la publicó; protagonista fué Gómez Teixeira, el ilustre matemático portugués, símbolo patriótico de la ciencia nacional. Pues bien: «a los setenta años de vida y cincuenta de meditaciones matemáticas, era de prever en él un aire imponente de gravedad»; es E. d'Ors quien cuenta (4) cómo oyó del sabio la historia de un busto suyo, que por encargo de la Universidad se estaba labrando:

«El excelente escultor en las primeras sesiones, modeló en barro un boceto de mi busto figurándome con una frente muy baja, como abrumada por el peso de la reflexión; unos ojos perdidos, sin duda en perspectivas geométricas, una boca severa y contraída...; yo, es claro, le dejaba hacer... Bien..., un día, me encuentro con que ha destruído todo el modelado y a puñetazos y paletadas rabiosas, lo ha convertido de nuevo en una masa informe: «¿Qué es ésto?», le dijo al artista. «Que íbamos muy mal, muy mal —me responde—. Voy a retratarle de otra manera. *Usted tiene en la cara un fondo de risa*, que es lo interior y mejor de usted, y esto es lo que voy ahora a intentar reproducir...»

Aquí parece mejor suprimir la anécdota «correlativa». Aunque, por desgracia, no sería difícil encontrar las que mostrasen la acritud, soberbia o desagradable condición de otros matemáticos grandes.

SOBRE LA VANIDAD

La vanidad de los matemáticos no suele ser grande. Por lo menos, no parece igualar a la de muchos escritores y artistas; tal es la consecuencia que se deduce de la siguiente agresiva alegación de Chateaubriand (5), en la que se muestra gran desconocimiento del temperamento de los matemáticos:

(3) H. POINCARÉ: *Sabios y Escritores*. Ed. Arte y Letras. Barcelona.

(4) E. D'ORS: *El Molino de Viento*. Ed. Sampere. Valencia, 1925.

(5) CHATEAUBRIAND: *El Genio del Cristianismo*. Ed. Sopena. Barcelona.

«Por amarga que sea esta verdad a lo matemáticos, es preciso decirlo: la Naturaleza no les ha hecho para ocupar el primer puesto. Exceptuando algunos geómetras inventores, han sido condenados a una triste oscuridad; y aún estos genios inventores están expuestos a caer en el olvido, si el historiador no se encarga de anunciarlos al mundo: Arquímedes debe su gloria a Polibio, y Voltaire ha creado entre nosotros la celebridad de Necoton (?)... D'Alembert no gozaría actualmente mejor suerte que Varignon y Duhamel, cuyos nombres aunque respetados por la escuela sólo existen ya para el mundo de los elogios académicos, si a la reputación de sabio no hubiese agregado la de escritor. Un poeta pasa con algunos versos a la posteridad, inmortaliza su siglo y trasmite al porvenir los hombres a quienes se ha dignado cantar con su lira: más el sabio, conocido apenas durante su vida, queda olvidado al día siguiente después de su muerte... La gloria ha nacido sin alas; y le es forzoso tomar las de las musas cuando quiere volar a los cielos... Todos los tiempos y países ofrecen el mismo ejemplo. Cesen, pues, los matemáticos de lamentar (?) que los pueblos, cediendo a un instinto general, antepongan las letras a las ciencias...», etc.

En oposición a esto, nada mejor que continuar la anterior cita de Poincaré que, con una veracidad que pueden testificar cuantos se hayan movido en un ambiente científico, sigue escribiendo:

«Los verdaderos sabios son modestos (...). Cuando se ha tenido la postura de hacer un descubrimiento, ¿qué valor puede tener la satisfacción de darle su nombre al lado de la alegría de haber contemplado la verdad frente a frente? (...) Yo he conocido sabios que se preocupaban poco de la gloria... Estos sabios se alegran de sus conquistas, pero no las consideran como un triunfo personalmente suyo, sino como un éxito colectivo del ejército en que militan. De este ejército gran número de valientes soldados han muerto sin dejar huellas de su nombre, habiendo contribuido eficazmente a la victoria común.»

Pero tampoco vale hacerse ilusiones. Sin necesidad de citar ejemplos desagradables (baste la proverbial suspicacia de Juan Bernoulli en las cuestiones de prioridad, llevada hasta el extremo con su propio hijo Daniel), debe decirse que el mismo Poincaré concluye, un poco más adelante:

«¿Debo añadir que muchos sabios no piensan así o que, al menos, no obran como si así pensasen?»

DOS MATEMÁTICOS ANTE EL AMOR

La capacidad sentimental de los matemáticos no suele ser tan escasa como el vulgo cree. De este modo, enamorado el genial Ampere, escribe, en su diario íntimo, páginas tan delicadas como las que Xenius (6) traduce así:

(6) XENIUS: *Flos Soporum*. Ed. Seix Barral. Barcelona, 1941.

«2 julio.—La hemos visto salir de misa. Mi hermana se ha colocado al lado de Julia. Yo le he dado aquellos versos:

He aquí los jazmines de que te había adornado,
Este ramo floreciente ha tocado tus cabellos.

3 julio.—Fuimos al sendero central y de allí yo echaba cerezas a Julia. Después vinieron mi hermana Elisa y los otros. Yo cedí mi lugar a Francisco, quien bajó las ramas para que pudiéramos alcanzar las cerezas nosotros mismos, cosa que divertía muchísimo a Julia. Sentóse entonces en el suelo y yo me acosté a su lado. Yo comía las cerezas que habían estado sobre sus rodillas. Después nos fuimos los cuatro al jardín, en donde ella aceptó un lirio de mi mano... La acompañamos hasta el molino de viento y aún me senté al lado de Julia, para observar la puesta de sol que doraba su vestido de una manera encantadora. Se llevó un segundo lirio que aún tuve, de paso, ocasión de darle.»

Páginas, por cierto, que tienen tanto más valor cuanto lejos de obedecer a un romántico arrebató, son sentidas intensa y sinceramente, como lo demuestra el hecho de que Julia llegase a ser la esposa de Ampere, en un matrimonio feliz, a pesar de las dificultades económicas con que tuvo que enfrentarse.

En cambio, veamos a Lagrange. Contesta éste a una carta en que D'Alembert se extraña por no haber tenido noticias directas de su boda a pesar de la frecuente correspondencia que hay entre ambos geómetras. La respuesta es, realmente, propia de un matemático de *leyenda negra*:

«Yo no sé si he calculado bien o mal, o mejor, creo no haber calculado completamente; pues yo habría hecho, puede ser, como Leibniz, que a fuerza de reflexionar no pudo determinarse nunca. Yo os prevengo que nunca tuve gusto por el matrimonio..., pero las circunstancias me han decidido... a prometerme con una de mis parientes... que venga a tener cuidado de mí y de todo lo que me concierne. Si no os lo he notificado es porque me parece que la cosa es tan insignificante por sí misma que ella no valía la pena de entretenernos.»

Realmente si esa manera de ver las cosas no fuera excepcional (aún entre sabios) tendría cierta justificación la conocida reflexión: «Un matemático de más, un hombre de menos».

SENSIBILIDAD ARTÍSTICA

La afición a la música es muy frecuente en los matemáticos (y hubo tiempo en que este arte formaba parte de la educación matemática). Es sabido que Galileo era discreto tañedor de laúd; y ya en nuestros días, que Einstein es aceptable violinista, como G. Julia es un pianista correcto. Además, y como decíamos, los aficionados entendidos son abundantes.

Pero otros, en cambio, como Abel, el genial noruego (cuya vida inspira la máxima emoción y simpatía por su plétora de detalles con-

movedores), no parecen muy sensibles a ella. Viajó Abel desde su patria hasta Venecia, gracias a una pensión que para él consiguió su maestro y amigo Holmboldt; en esta ciudad asistió a un concierto que se le ofreció a él y a sus compañeros de viaje; y él mismo cuenta, en una de sus cartas, cómo, mientras escuchaba, estaba ocupándose mentalmente en calcular la probabilidad de que la pianista hiciese con el dedo en determinada tecla.

Tal vez la anécdota sea demasiado poco significativa para probar nada. Recuérdese entonces la indiferencia de Leibniz hacia el arte. A menos, claro, que la propia Matemática sea considerada artísticamente, en cuyo caso no hay sino convenir en la divulgada aserción de Weierstrass: «Todo matemático debe ser, también, algo poeta».

APTITUDES FINANCIERAS

Más frecuentes son los hombres de ciencia desinteresados que al contrario. Pero, aun en el caso específico de los matemáticos, no es esto unánime. Precisamente, podemos citar a dos grandes matemáticos judíos, que adoptaron muy distinta actitud ante el problema económico.

Jacobi, creador con Abel de la teoría de las funciones elípticas, alardeaba, y justamente, de su despreocupación por las cuestiones monetarias. Trabajador infatigable (hasta el punto de que probablemente el exceso de trabajo influyó en su muerte prematura) hubo de enfrentarse con apuradas situaciones económicas, que, según se dice, lamentaba sólo en cuanto eran obstáculo a su dedicación a la matemática.

Kronecker, en cambio, sabio y banquero, que ha sido una de las personalidades más prodigiosas y completas (intelectual y socialmente), no se desenvolvió como financiero peor que como matemático, filósofo, músico o filólogo. Así estuvo por lo menos ocho años (1845-1853), dedicado al arreglo de su situación económica (que había sido favorablemente alterada con una cuantiosa herencia), sin publicar en ellos nada de matemáticas. Obedecía así su presunción, que resultó cierta, de que una posición económica desahogada le permitiría dedicarse al cultivo de las matemáticas sin otras preocupaciones perturbadoras. Prudente actitud, desde luego, en quien fué padre de siete hijos.

CAUCHY Y LAPLACE

La vida de Abel, que acabamos de recordar, nos trae a la memoria un par de artículos de Echegaray, en la que aquella se narra junto a la de Cauchy, destacando la disparidad absoluta en todas las circunstancias de ambas. Los artículos citados (7) son modélicos en cuanto a la amenidad con que presentan ambas biografías que, en efecto, difieren una de otra como la positiva y la negativa de una fo-

tografía. Pero esta oposición no es de las que estamos considerando aquí, pues es circunstancial más que otra cosa. Que la vida, el temperamento y las reacciones de estos dos hombres, sean tan opuestos, no es raro en quienes nacieron en climas y medios sociales tan radicalmente distintos, lo mismo que lo fué su educación y familia.

Más significativa es, para enfrentar a dos personajes de muy distinta calidad humana, ambos geniales en la creación matemática, pero no modificados ni mejorados por ella, atender al desarrollo de las vidas de Cauchy y de Laplace.

La integridad del primero es tan proverbial como la *adaptabilidad* del segundo. No falta historiador que rotundamente escriba (8): «El carácter moral de Laplace era despreciable. Después de haber sido un revolucionario ridículamente fervoroso, se convirtió en servil esclavo de Bonaparte, y luego consiguió el título de par de la revolución borbónica por su diligente denuncia de un protector liberal cuando Napoleón cayó en 1814. Aunque su propia y trascendente capacidad podía haberle granjeado pura y suficiente fama, en sus escritos, se apropia con bajeza de los escritos de sus predecesores, y alude a su persona con persistente egoísmo».

De estas faltas le defienden, claro está, sus panegiristas, especialmente de las últimas, que afectan a la ética científica. No recogemos aquí esta apología (9), por no alargar el artículo, y porque lo que interesa en este párrafo es sólo su actitud política, para confrontarla con la de Cauchy.

Laplace murió en París, en 1827. En su delirio hablaba con entusiasmo genial de experiencias y descubrimientos por realizar. Se dice que sus últimas palabras fueron: «lo que sabemos es muy poco; lo que ignoramos es inmenso».

Vivió Cauchy, como Laplace, en época agitada. Era hombre de catolicismo tranquilo, pero tan firmemente arraigado, que se le tachó de fanático. Nada ambicioso personalmente, aunque consciente de su valer, se sacrificó sin dudar por la fidelidad de sus ideas. Así, por no prestar el juramento de fidelidad que se exigió a los Académicos y funcionarios a la caída de la Monarquía, fué desterrado en 1830. En tal ocasión, el Rey Carlos Alberto fundó para él una cátedra en Turín. En 1854 fué reemplazado en sus cargos por el segundo Imperio: pero de nuevo se negó a jurarlos y entonces, en honor a sus méritos, le fué dispensado el juramento.

Al anunciarle que su hora postrera estaba próxima tenía preparados grandes trabajos astronómicos, que dejó interrumpidos sin el menor disgusto. No volvió a ocuparse de la cien-

(8) EGGAR SANDERSON. (Trad. A. Herrero): *Historia de la Civilización*. Ed. Sopena. Barcelona, 1935.

(9) H. ANDOYER: *L'oeuvre Scientifique de Laplace*. Ed. Payot, París. También puede consultarse el elogio de Laplace por ARAGO, que se inserta en su obra *Grandes Astrónomos*. Colección Austral. Vol. 543.

(7) J. ECHEGARAY: *Ciencia Popular*. Madrid, 1905.

cia. Murió tranquilo y sereno, bendiciendo a su mujer y a sus hijas «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», pronunciando con voz tranquila estas palabras sagradas.

Es, pues, difícil encontrar quién, como hombre y como sabio, puede cerrar este pequeño retablo de modo más digno que Cauchy.

CONCLUSIÓN

Parece que los psicólogos y educadores, después de haber intentado explicar la personalidad de cada individuo como una resultante de impresiones infantiles, casi siempre olvidadas, con las que vino a elaborarse una personalidad subconsciente a cuyos complejos y estímulos obedece el adulto en su actuación vital, nos dicen ahora que, por el contrario, la personalidad del niño es tan resistente a los factores psíquicos ambientales como lo es su organismo a los gérmenes patógenos. Particularmente nos gusta más esta idea, en cuanto contribuya a aumentar el sentimiento de la propia responsabilidad. Esta divagación nos ha venido a la pluma porque, en cierto modo, es análogo a lo que puede deducirse de cuanto precede. Es a saber: que tal vez las matemáticas (u otra ciencia) sean altamente formativas pero que hay en el fondo de cada individualidad un factor personal irreductible, no maleable por ciencia ninguna, del que en última instancia depende nuestro valor humano y en cuyo perfeccionamiento, que es forzoso, las matemáticas tienen poco que hacer.

En esta moraleja no hay la más pequeña falta de aliento para el magisterio de tal ciencia, al cual, personalmente, podemos decir que nos dedicamos con ilusión vocacional siempre intacta. Porque es bien cierto que, como dice el ya citado Font y Puig, «los profesores de Matemáticas dedicados a la formación de la mocedad, han de sentir, naturalmente, en el ejercicio de su función, aquel entusiasmo por su ciencia que vibra, hoy mismo, como en la época de Leonardo de Vinci, en los grandes matemáticos». No nos sugestionamos, sin embargo, en la creencia de que ésta u otra disciplina es la que, precisamente, debe dejar a la mocedad en trance de perfección. Durante muchos años, con la mejor buena fe, puede el profesor de matemáticas advertir a sus alumnos de que deben prestar especial atención a su asignatura, la más trascendental de las que van a estudiar. Sin embargo, pronto se vuelve uno más humilde (sin que por ello, naturalmente, disminuya el propio entusiasmo por la ciencia profesada).

Quiero terminar citando unas líneas de don José María ALBAREDA, en uno de los libros (10)

(10) JOSÉ MARÍA ALBAREDA: *Consideraciones sobre la Investigación Científica*. Madrid, 1951. Muchas veces

más valiosos y notables entre los publicados aquí desde hace muchos decenios.

«Hay una enseñanza, el bachillerato, en la que de un modo especial se ha buscado el carácter formativo y se ha tratado de alambicar la esencia de cuanto procura el desarrollo de la mente, el cultivo de la inteligencia, en contraste con lo llamado informativo, enciclopédico y memorista. La disposición, la actitud, el vigor y claridad intelectuales importan más que la captación y retención de datos y noticias científicas. Y en esta oposición se ha pretendido dividir las distintas disciplinas y asignar a unas todas las ventajas de lo formativo y rechazar otras como esterilizadores de esa fase de crecimiento y plasmación de facultades.

A poco que se piense, no se advierte como un caudal científico, de la naturaleza que sea, puede deslizarse por una inteligencia sin humedecerla y aun sin calarla e impregnarla. No hay ciencia cuya tensión superficial se oponga a la adherencia y dé, como el mercurio, meniscos convexos, reacios a la comunicación.»

Con sentimiento corto la cita aquí (a riesgo de desfigurar el pensamiento de su autor) por no extenderme demasiado y por no pasar de unas sencillas observaciones (sobre psicología profesional, a más comentarios sobre los planes educativos, que parece tema destinado, de modo especial y perpétuo, a las disputas de los hombres.

CRONOLOGÍA

Abel, 1802-1829.
Ampere, 1775-1836.
Andoyer, 1862-1929.
Bertrand, 1822-1900.
Bernouilli, D. 1700-1782.
Bernouilli, J. 1667-1748.
Cantor, 1845-1918.
Cauchy, 1789-1857.
Cornu, 1841-1902.
D'Alembert, 1717-1783.
Duhamel, 1624-1706.
Echegaray, 1832-1916.
Einstein, 1878-
Galileo, 1564-1642.
Gómez Teixeira.
Heaviside, 1850-1925.
Hilbert, 1862-1943.
Jacobi, 1804-1851.
Klein, 1849-1925.
Kronecker, 1823-1891.
Lagrange, 1736-1813.
Laplace, 1749-1827.
Leibnitz, 1646-1716.
Newton, 1641-1727.
Poincaré, 1854-1912.
Varignon, 1654-1722.
Weierstrass, 1815-1897.

he tomado este libro en mis manos para consultar un punto concreto, y se me ha quedado en ellas más tiempo del que pensé. Puedo decir que no conozco, sobre el tema de la Investigación y la Ciencia, ningún libro tan sugestivo como éste, que no dudo en recomendar a todos los interesados por la profesión intelectual.